

# La mentira como principio epistemológico

The Lie as Epistemological Principle

Alberto FERRER GARCÍA

Universidad de Valencia

*ferrergarcia.alberto@gmail.com*

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.10.013>

Recibido: 28/02/2014  
Aprobado: 17/09/2015

## Resumen:

La gestión de la existencia pasa por el empleo del mentir como herramienta clave en el uso cotidiano. La “utilidad” que de ello extrae el hombre es de una enorme variedad. Ha sido largo el tiempo en que la mentira ha quedado reducida a un mero problema moral, pero la verdadera cuestión por el mentir estriba en su estatus ontológico. Mentir –más concretamente: mentirse– es un modo de gestionar la peculiar existencia que nos ha sido dada.

*Palabras Clave:* Realidad, existencia, vida, verdad, autoengaño.

## Abstract:

Managing existence requires the use of lying as a key tool in everyday life. The usefulness that one extracts from it varies greatly in scope. Lying has long been relegated to a mere problem of morality, but the true question of lying resides in its ontological status. Deception –self-deception first and foremost– is a way of managing the peculiar existence given to us.

*Keywords:* Reality, existence, life, truth, self-deception.

## 1. Advertencias preliminares

En lo que sigue he tenido constantemente presente aquel comentario proferido por Oscar Wilde respecto a uno de sus distintivos interlocutores: “como todos los que intentan agotar un tema, agotaba él a sus oyentes”<sup>1</sup>. Así, reducida mi pretensión de exhaustividad, he creído conveniente no desarrollar en exceso el tema que se plantea sino más bien centrarme sintéticamente en las partes esenciales del mismo; comenzando por suprimir cualquier tipo de *introducción* o *prólogo*, reduciendo todo ello a un par de *advertencias*:

*Primera.* Lo que sigue ni está concluso ni pretende conclusión alguna. El autor lo ofrece, sencillamente, como una serie de directrices capaces de sacudir el *pensamiento*. Tal ensayo surge del hallazgo, en un arrinconado cuaderno, de una serie de notas y referencias –a propósito del tema que da título al escrito– que habían permanecido aparcadas y ahora pretendían resurgir bajo una *forma* a la que se niegan: me es inevitable la apertura de nuevos y múltiples frentes cada vez que repaso o releo los textos y obras que a continuación se presentan. El tema queda pues, como la vida –que es también parte de él–, abierto a *novedades, originalidades y espontaneidades* que, muy probablemente, reconduzcan el asunto hasta parajes que por el momento ni tan si quiera somos capaces de vislumbrar.

*Segunda.* Los problemas de la *metafísica* a menudo se *confunden* –en el sentido noble del término “*confundere*”: *fundir con*– con los problemas propios, específicos, de la *filosofía*. Este ensayo versa explícitamente acerca de uno de estos problemas, a saber, el de la *mentira* como problema fundamental de la metafísica –de manera indirecta, pero palpable, queda la *verdad* como telón de fondo y premisa sin la cual andaríamos dando palos de ciego al transitar por tal asunto. La pregunta inmediata sería: ¿por qué ocuparnos de éste y no de uno de los problemas que se entienden más *clásicos* –vgr. la propia “verdad” *en sí*? El problema de la mentira se nos presenta con una relevancia superior por su directa incumbencia; pocas cuestiones nos afectan de un modo más directo y con una mayor frecuencia que el engaño y la mentira. De ahí la notable preeminencia que, consideramos, tienen estas notas *pseudológicas*, “no, por cierto, desde el punto de vista moral, [...] sino desde el belvedere del ser en cuanto tal”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Wilde, O., “El retrato de Dorian Gray”, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 115.

<sup>2</sup> García Bacca, J. D., “La mala fe y la mentira, según J. P. Sartre”, *Revista Nacional de Cultura*, nº 63, Caracas, 1947, p. 97.

## 2. Mentir y vivir; vivir y mentir

*Nichts ist so schwer, als sich nicht betrügen*  
L. WITTGENSTEIN, *Vermischte Bemerkungen*<sup>3</sup>

Han sido múltiples las definiciones que han tratado de sosegar el anhelo por hallar la caracterización más profunda de nuestro ser *hombre* –entre las que destaca, por clásica, aquella de “animal racional”; desconociendo –o, cuanto menos, postergando– una categoría sustancial del hombre, *vivida* como su realidad radical –por ser pareja a su propia existencia–, que nos permitirá referirnos a éste como el ζῷον *seipsiengañador*. No nos atoraremos en proclamar con el salmista: *omnis homo mendax*<sup>4</sup>; añadiremos: es más, todos *se mienten*. Somos los únicos seres que *nos* engañamos; el ser humano es el único capaz de *hacerse ilusiones*. No hay quien crea con mayor fuerza nuestras propias mentiras que nosotros mismos. Eso sí, todo ello, con la consecuente imposición de la más profunda de las ignorancias. Sin *poner* ignorancia de por medio no *me* engaño, si no me engaño no logro *vivir*. Vivir es pues *ignorar* “*la vida*”.

Y a la postre ese hombre cándido e infantil se encuentra rodeado de engaños, viviendo bajo el mismo techo que una cualquiera, sin saber que lo que él llama su hogar está edificado sobre una mentira<sup>5</sup>.

Reside(*imos*) en la mentira; la convierte en lo más propio de sí, *su hogar*. Es para él compartir íntimo y cotidiano. Mentir *día a día*, cuasi por *necesidad*, por mera costumbre –esa costumbre que “es en verdad [...] violenta y traidora maestra de escuela. Poco a poco, a la chita callando, nos pone encima la bota de su autoridad; mas con este suave y humilde principio, al haberla asentado y plantado con la ayuda del tiempo, nos descubre de pronto un furioso y tiránico rostro, contra el que ya no tenemos ni siquiera la posibilidad de alzar los ojos”<sup>6</sup>.

Es la mentira de ese pobre *hombre cándido e infantil* una *mentira vital* la cual *es algo así como un principio estimulante*<sup>7</sup>. Una necesidad para poder seguir viviendo; un estímulo para la acción vital cual pócima que *sana* las insuficiencias de la vida. Una vida que se nos hace realmente difícil vivirla. Una vida hartamente espinosa que roza el límite de lo *insoportable*. Es para ello precisamente para lo que se generan las ficciones y surgen las mentiras: para poder hacer *el yugo más llevadero y la carga ligera*<sup>8</sup>; pues “tal como nos ha sido impuesta, la vida nos resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, no podemos pasarnos sin lenitivos (“No se puede prescindir de las muletas”, nos ha dicho Theodor Fontane)<sup>9</sup>”.

<sup>3</sup> Wittgenstein, L., *Vermischte Bemerkungen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1977, p. 71.

<sup>4</sup> Ps. 115, 2. \* Empleo la numeración de la Vulgata Clementina.

<sup>5</sup> Ibsen, Henrik J., *Vildanden*, Act. 1, trad. de Mario Parajón, Madrid, Cátedra, 1999, p. 117.

<sup>6</sup> Montaigne, M. de, *Essais*, XXIII, trad. de Almudena Montojo, Madrid, Cátedra, 2003, p. 149.

<sup>7</sup> Cf. Ibsen, Henrik J., op. cit., Act. 5.

<sup>8</sup> Mt. 11, 30. En la mencionada cita Jesús se ofrece cual soporte para descanso de los trabajos y cargas que el hombre, por sí solo, no es capaz de sobrellevar. El papel que desempeñan las creencias religiosas cual lenitivos o muletas para hacer *más llevadera* la existencia daría lugar a otro recurrente estudio.

<sup>9</sup> Freud, S., *Das Unbehagen in der Kultur*, II, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, en *Obras Completas*, vol. VIII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1974, p. 3024.

La apreciación de Sigmund Freud nos arroja una luz aterradora: No es que la vida –en sí y por sí (que también...)– sea insoportable, es que –además, para más *inri*– nos la han hecho insoportable; *tal como nos ha sido impuesta* nos resulta difícilmente llevadera. Las cosas son tal cual son –“así es la vida”, suele decirse–, bien; mas pudieran ser de otra manera. El caso es que la vigente estructuración de nuestra cultura y sociedad nos hace encontrar poco de gratificante en nuestras vidas. Hemos sido arrojados al mundo siendo nuestra única dote un pesado fardo de difícil gestión; nos topamos con una costosa *carga*<sup>10</sup> de pesares a la cual debemos –si queremos seguir manteniéndonos en esa vida que nos ha sido impuesta– dotar de una forma pasadera –so pena de trivialidad–, digerible<sup>11</sup>, en los límites de lo tolerable: “La vida cotidiana tiene como finalidad básica el hacer que no surja semejante angustia, que andemos distraídos en las cosas [...] y procurar huir [...] para que no nos asalte el temor y el temblor por nuestra facticidad [...]. Todo es huir de la ontología, del ser que somos”<sup>12</sup>. Tratar de hacer *vivable* la propia vida –no es otra la tarea radical del ser humano; aún cuando nazcamos arrojados, por pura y peculiar *naturaleza*, al más hondo de los sufrimientos: “El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona. Y es universal, y lo que a los seres todos nos une es el dolor, la sangre universal o divina que por todos circula”<sup>13</sup>.

Tratar de tornar soportable la *insoportabilidad* de la vida es contranatural. Ser conscientes de la *pureza* de la vida es conciencia real o agónica –*sentimiento trágico*. Una vida en la que nos encontramos, a la cual deberemos hacer frente y de la que, paradójicamente, una vez en ella, no querremos marcharnos jamás; mas ésta, tarde o temprano –más pronto que tarde–, terminará con nosotros. Mientras tanto “*unaqueaeque res, quatenus in se est, in suo esse perseverare conatur*”<sup>14</sup>. Cada hombre, desde su nacimiento, desea seguir siendo eternamente hombre; nadie anhela morir –es esa nuestra esencia natural. Nuestro ser se haya en una perpetua hambre de inmortalidad: “*conatus quo unaqueaeque res in suo esse perseverare conatur, nullum tempus finitum, sed indefinitum involvit*”<sup>15</sup>. Se trata de un “principio de continuidad en el tiempo”<sup>16</sup> similar a la primera *lex motus* newtoniana –“*corpus omne perseverare in statu suo quiescendi vel movendi uniformiter in directum, nisi quatenus a viribus impressis cogitur statum illum mutare*”<sup>17</sup>; “una ley de inercia anímica, de inercia entitativa, en virtud de la cual todo ser, por el hecho de ser, y dejado a sí mismo, tiende a permanecer indefinidamente, a conservarse”<sup>18</sup>. El *muero porque no muero* de Santa Teresa no es sino apetito de vida real, de perseverancia en la vida eterna; gozo *sin fin* de la vida plena. Jamás deseáramos, es más, ni tan siquiera alcanzamos a imaginar, *vivir* el día en que se agote nuestra existencia; ese preciso instante en que, tras toda una vida, dejemos sencillamente de ser: “No quiero morirme, no, no

<sup>10</sup> “*Daß es ist und zu sein hat*”, dice Heidegger (*Sein und Zeit*, § 29, p. 134).

<sup>11</sup> Sobre la necesidad de la sana digestión –mental y vital– de lo real nos exhorta García Bacca: “Nadie se haga la ilusión de que pueda tratárselas con la realidad mano a mano, [...] hacer ciencia pura; la vida mental no soporta la verdad pura y simple, como el estómago no puede digerir el agua químicamente pura. Todo tiene que poseer su provisión peculiar de *vitaminas*: intelectuales o no, de otro modo no es vitalmente asimilable” (García Bacca, J. D., *Introducción literaria a la filosofía*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964, p. 28).

<sup>12</sup> García Bacca, J. D., *Existencialismo*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962, p. 211.

<sup>13</sup> Unamuno, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 155.

<sup>14</sup> Spinoza, B. de, *Ethic.*, p. III, prop. 6.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. III, prop. 8.

<sup>16</sup> Unamuno, M. de, op. cit., p. 14.

<sup>17</sup> Newton, I., *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, lex 1.

<sup>18</sup> García Bacca, J. D., *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 101.

quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia”<sup>19</sup>.

Ahora nos hacemos cargo, con terrible claridad, de la conciencia agónica, real, que origina *sentir verdaderamente la vida*. Una agonía que nos lleva a conformarnos necesariamente “una vida paralela donde refugiarnos contra la adversidad, que vuelve natural lo extraordinario y extraordinario lo natural, disipa el caos, embellece lo feo, eterniza el instante y torna la muerte un espectáculo pasajero”<sup>20</sup>.

El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, puesto que éste es el medio merced al cual sobreviven los individuos débiles y poco robustos, como aquellos a quienes les ha sido negado servirse, en la lucha por la existencia, de cuernos, o de la afilada dentadura del animal de rapiña. En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir; aquí el engaño [...] la escenificación ante los demás y ante uno mismo [...] es hasta tal punto regla y ley, que apenas hay nada tan inconcebible como el hecho de que haya podido surgir entre los hombres una inclinación sincera y pura hacia la verdad. Se encuentran profundamente sumergidos en ilusiones y ensueños”<sup>21</sup>.

Nuestra angustia nos lleva a generar categorías inexistentes. Necesitamos conocer – inventar–, por ejemplo, la existencia del bien y del mal, para así hacernos fuertes en el bando de los buenos. Precisamos de las ficciones, de esa paralela y artificial vida; pues las verdades nos ofenden en la medida en que dejan la crueldad de lo real al descubierto –algo insufrible para nosotros, pobladores sentimentales del universo. Todo hombre anda, como parecerá obvio, hostilmente predispuesto contra “las verdades susceptibles de efectos perjudiciales o destructivos”<sup>22</sup>, prefiere que le engañen, *engañarse*; prefiere *idealizar* su vida: “El hombre mismo tiene una invencible inclinación a dejarse engañar y está como hechizado por la felicidad cuando el rapsoda le narra cuentos épicos como si fueran verdades [...]. El intelecto, ese maestro del fingir, se encuentra libre y relevado de su esclavitud habitual tanto tiempo como puede engañar sin *causar daño*”<sup>23</sup>.

Nietzsche, sagaz maestro de la sospecha, cierra su *Über Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinne* distinguiendo dos tipos de hombre: el intuitivo –*intuitive Mensch*– y el racional –*vernünftige Mensch*. En el *hombre racional* –“obra maestra del fingimiento”<sup>24</sup>– la lógica terminó negando la propia vida al no lograr desprenderse de las ilusorias creencias, no siendo capaz de asumir y soportar aquella vida fuera de los límites de la moral –no otra cosa pretendemos con estas líneas: hacer transgredir al engaño todo confín axiológico. “La pretensión barroca de “no querer ver” la caducidad y la fealdad de la realidad se convierte aquí en un posible estilo de vida”<sup>25</sup>. En cambio, el *hombre intuitivo* –obra maestra de la sensibilidad– se lanza de lleno a la vida, firme en sus valores, mas consciente de la fragilidad de los mismos; y, por ello, con una eterna apertura al cambio, sin miedo alguno a *pensar inventivamente*, con el único convencimiento de una coherencia propia, que sólo en cuanto coherencia debe ser juzgada. Él es el “instante de la sombra más

<sup>19</sup> Unamuno, M. de, op. cit., p. 41.

<sup>20</sup> Vargas Llosa, M., “Elogio de la lectura y la ficción”, Discurso Nobel, 7 de diciembre de 2010.

<sup>21</sup> Nietzsche, F., *Über Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinne*, 1, trad. de Luis M. Valdés. Madrid, Tecnos, 2008, pp. 18-19.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 2, p. 35.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>25</sup> Bettegini, M., *Breve historia de la mentira*, Madrid, Cátedra, 2002, p. 83.

corta; [el] final del error más largo; [el] punto culminante de la humanidad”<sup>26</sup>. Es la *transustanciación*<sup>27</sup> de león en niño, última transformación del espíritu del hombre –*der Übermensch*– que, por asimilación *real de verdad*, está “seguro de que, aunque el mundo exterior [...] se repitiera infinitas veces, siempre tendría inventiva para presentar ante el mundo físico, siempre el mismo, nuevos valores. [...] La vida es de suyo tan rica que no se agotará en su potencia de invención por mucho que se repita monótonamente el mundo físico. Por esto el superhombre supera y vence lo físico”<sup>28</sup>. De cualquier modo, tal disyuntiva entre ambos tipos de hombres, bien pudiera resumirse en la que lleva camino de convertirse en clásica sentencia:

Se ha dividido de muchas maneras a la humanidad: en buenos-malos, feos-bellos, circuncisos-incircuncisos, católicos-protestantes, fieles-infieles... Pero, para mí, y ésta es la cuestión, se divide en dos: los que no pueden aguantarse la ignorancia y quienes pueden aguantarla. Los primeros tienen que rellenarla con mitos, dogmas, teologías, ritos<sup>29</sup>

Recapitemos: El hombre se encuentra arrojado a una realidad, a una vida, que no parece satisfacerle, y por naturaleza, trata de transformar esa vida; “ser distinto de lo que se es ha sido la aspiración humana por excelencia”<sup>30</sup>. Es aquí donde las ficciones vienen a colmar –o, al menos, a intentarlo– ese apetito natural de inconformidad, tratando de imponer orden en el caos vital. “La ficción [“sucedáneo transitorio de la vida”<sup>31</sup>] nos completa, a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y los deseos y fantasías de desear mil”<sup>32</sup>, empobreciendo ello nuestra existencia aún cuando todas nuestras necesidades más básicas se hallen satisfechas. “La vida real, la vida verdadera, nunca ha sido ni será bastante para colmar los deseos humanos”<sup>33</sup>, de ahí que nos veamos necesitados de recurrir a las ficciones y las mentiras, las ilusiones, el cine o la propia literatura, con el fin de tratar de compensar así nuestra trágica condición humana: aquella cuyo anhelo es infinitamente mayor que aquello que podrá alcanzar nunca.

Y así terminamos por pasarnos la vida entera *haciéndonos ilusiones* –una sutil forma de expresar que nos pasemos engañándonos la mayor parte de nuestra existencia; pues, como acertadamente nos señala José Gaos, “el hacerse ilusiones es una manera de engañarse a sí mismo”<sup>34</sup>. Unas ilusiones –fieles compañeras en el arduo camino de la existencia– que desempeñan en nuestras vidas un papel primordial en la medida en que “el hombre es [...] un ser singularísimo entre todos los seres: su ser es su vida, y ésta consiste muy esencialmente en pasar de la edad del hacerse ilusiones, o en que no se tiene el sentido de la realidad, a la edad del sentido de la realidad, a la madurez con sus ideales”<sup>35</sup>. Así el salto a

<sup>26</sup> Nietzsche, F., *Wie die “wahre Welt” endlich zur Fabel wurde*, § 6, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1973, p. 52.

<sup>27</sup> Entiendo aquí por transustanciar “asimilar, digerir, absorber real y verdaderamente algo, sin aniquilación alguna de realidad, ni en asimilado ni en asimilante, con eliminación y desecho de lo inasimilable” (García Bacca, J. D., *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 15).

<sup>28</sup> García Bacca, J. D., “Nietzsche (1844-1900)”, *Ensayos y estudios (II)*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2004, pp. 243-244.

<sup>29</sup> García Bacca, J. D., *Confesiones*, Barcelona, Anthropos, 2000, p. 102.

<sup>30</sup> Vargas Llosa, M., *La verdad de las mentiras*, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 11.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>34</sup> Gaos, J., “La filosofía en la Universidad”, *Obras Completas* (tomo XVI), México, UNAM, 2000, p. 289.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 291.

la madurez vendrá determinado, según Gaos, por nuestra comprensión de las ilusiones; por el uso vital que hagamos de estas o, si se prefiere, por el salto del *hacerse ilusiones* al *tener ilusiones*.

El *hacerse ilusiones* es propio de una juventud que trata de imaginar la *realidad* con mayor perfección de la que posee –de *engañarse*–, no deseándola de otro modo tal que así: *idealizándola* –la realidad, las cosas, las personas. Mas el engaño, esa *idealización*, suele devenir decepción –tan alto pretendimos llegar que *más dura fue la caída*; aquello que llaman *desilusionarse*: percibir la realidad *tal cual es*, sin *edulcorantes artificiales*. Pero no creamos –advierte Gaos– que la generación de ilusiones es siempre algo negativo, pues en la juventud desempeñan estas un papel fundamental: son una *necesidad vital* en la medida en que los jóvenes todavía no andan listos –no han *madurado* lo suficiente– para vérselas, cara a cara, con lo real. Actúan aquí las ilusiones cual muletas que hacen más llevadero el tránsito por la interminable senda de la existencia, de la cual únicamente el principio han recorrido.

Bien distinto, sin embargo, es el paso en el cual la *maduración* desemboca: enfrentándonos a la realidad, *tête à tête*, adivinando sus imperfecciones y su notoria carencia de ideal, nos negamos a quebrantar la ilusión abandonando nuestros más profundos *ideales*, esos “*proyectos de perfeccionamiento de las realidades aún imperfectas*”<sup>36</sup>. Subrayemos el “*aún*” como esa carencia la cual luchamos por subsanar –recordemos las palabras de Vargas Llosa que nos indicaban que era precisamente esta la función de las ficciones. Nada merecía durante la juventud nuestra lucha, todas nuestras realidades concebidas eran ya perfectas, mas ahora, ya maduros, estas se nos mudan de rostro presentando no pocas imperfecciones que trataremos de subsanar a lo largo de nuestra existencia; y aún cuando ello no garantice en absoluto el éxito jamás abandonaremos nuestras ilusiones, pues ellas son el elixir que alienta nuestra existencia.

Somos ahora, paradójicamente, realistas en nuestro engaño. Quien ose abandonar sus ilusiones condenará su vida a un conformismo que finalmente se tornará insoportable; quien así actúe terminará por dejar de ser hombre, pues, como mencioné al principio de este escrito, es el hombre el único ser que se engaña a sí mismo, que *tiene ilusiones* –diremos ahora–:

La verdadera superioridad del hombre se expresa en que puede ponerse derecho, *parado*, sobre sus dos pies y levantar sus dos manos del suelo hacia el cielo. Es que del hombre tiran hacia arriba, por decirlo así, *sus* ideales. He recalcado el “*sus*”, porque los ideales son algo característico del hombre, exclusivo de él –lo mismo que el hacerse ilusiones. Ninguno de los seres inferiores al hombre se hace ilusiones ni tiene ideales, pero tampoco ninguno de los seres superiores al hombre<sup>37</sup>.

Las rocas no anhelan alcanzar cumbre alguna, los astros no desean lucir con mayor potencia, ni los animales sueñan con modificar el rumbo de sus vidas; tampoco los ángeles sienten la necesidad de *ilusionarse* modificando la realidad, pues contemplan a ésta en su grado sumo y verdadero: Dios, “*en persona*”. Es así el *ilusionarse* una exclusiva del hombre; ni tan siquiera los demonios la poseen, y justamente en ello estriba su condena: ¿qué peor castigo que arrebatarlos de nuestras más recónditas ilusiones e inconfesables anhelos? El hombre “es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre”<sup>38</sup>, el funambulista de las ilusiones.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 290.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>38</sup> Nietzsche, F., *Also sprach Zarathustra*, Prólogo, § 4, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1983, p. 36.

Ellas –las ilusiones– actúan, en nuestra tullida existencia, de *muletas*; un recurso ajeno a la vida para hacernos llevadera la vida misma, pues, suele decirse, *también de ilusión se vive* –y de ella no podemos prescindir. Incapaces somos de *vivir* –literalmente– sin lenitivos, “los hay quizá de tres especies: distracciones poderosas que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen; narcóticos que nos tornan insensibles a ella”<sup>39</sup>. Son ellas tres poderosísimas estrategias de *soporte*, todas ellas de armónica y cotidiana convivencia<sup>40</sup> –vgr. el vivir “*como si...*”, la primera estrategia de las mencionadas, aquella por la cual somos incapaces de alzar la vista frente a la crudeza de nuestra diaria realidad y preferimos, sin dudar, volver la vista hacia otro lado desviando nuestra atención –digámoslo más comúnmente: gustamos de *entretenernos*; ¿acaso se nos brinda otra alternativa?

- Je sais aussi –dit Candide– qu’il faut cultiver notre jardin.
- Vous avez raison –dit Pangloss–; car, quand l’homme fut mis dans le jardin d’Éden, il y fut mis *ut operaretur eum*, pour qu’il travaillât; ce qui prouve que l’homme n’est pas né pour le repos.
- Travaillons sans raisonner –dit Martin–; c’est le seul moyen de rendre la vie supportable<sup>41</sup>.

Es la distracción, el entretenimiento, –el *sans raisonner*– *le seul moyen*. Nos aterra el encuentro, en lo más hondo de nuestro ser, con *nosotros mismos* –tratemos siempre de evitarlo, en la medida de lo posible; evitaremos adentrarnos –ni tan siquiera acercarnos– al ser de las cosas, de nuestro más íntimo yo, so pena de arrebatarles su apacible edulcoramiento. Preferimos la “felicidad” de la *ignorancia* a la crudeza de la realidad, de ahí que recurramos con quizá excesiva frecuencia al *ocio* –del que no deriva en *ociosidad*, fuente de no pocos males. “Hazle trabajar *para que no se rebele*<sup>42,43</sup>, aconseja el *Ecclesiásticus* en el trato con los esclavos; hazle trabajar para que no se percate de lo real y *monte en cólera* –*se rebele*– ante tal desazón, es el consejo vital en el trato humano. “Otiositas inimica est animae”<sup>44</sup>; sin *distracción* alguna estamos abocados a las garras de la *acedia*<sup>45</sup> –la oscuridad de la *conciencia agónica* acabará cernida sobre nosotros. Cuando el mundo calla –cuando deja de ser “apariencia”, de ser como se nos muestra– es inevitable que nos oigamos y el estruendo resulta insoportable: “*le silence éternel de ces espaces infinis m’effraie*”<sup>46</sup>. El ocioso jamás alcanzará a callar el estridente silencio.

Otro lenitivo –cargado con su consecuente lógica reductiva–, y es el segundo, son *las satisfacciones sustitutivas*, aquellas que usurpan el puesto de *las satisfacciones vitales*. Ya no eres *especial*, confórmate con ser *especialista*. Aquello que no nos da la vida nos lo dará, con terquedad y algo de suerte, nuestro *empleo*, aquella distracción a la que ahora llaman

<sup>39</sup> Freud, S., op. cit., p. 3024.

<sup>40</sup> El mecanismo es triple: distracción, sustitución, insensibilización. Pudiera decirse que incluso, en ocasiones, progresivo; mas no necesariamente, puesto que hay quien práctica todos o sólo alguno de ellos.

<sup>41</sup> Voltaire, *Cándide, ou l’optimisme*, XXX.

<sup>42</sup> Me he permitido la licencia de traducir la frase *rescatando* la crueldad del original hebreo de la corrupción devota posterior cuando traducen: *Hazle trabajar para que no esté ocioso, que la ociosidad enseña muchos vicios* (28-29); dotando al dueño del esclavo de una voluntad de propiciación inexistente.

<sup>43</sup> Si. 33, 28.

<sup>44</sup> Santi Benedicti, *Regula Monachorum*, XLVIII, 1.

<sup>45</sup> El vocablo castellano “acedia”, que en sentido figurado significa “*desabrimiento*” –palabra que, también en sentido figurado, sirve para indicar “disgusto” y “desazón interior”–, no traduce más que uno de los muchos componentes de uno de los vicios capitales descritos por los maestros del monacato antiguo. La *ἀκηδία* (en griego) o *acidia* (en latín) viene a ser una complicada mezcla de tristeza, disgusto, fastidio, pereza, somnolencia, angustia, inestabilidad, desánimo y todavía otros ingredientes por el estilo. Era uno de los enemigos más formidables del monje; y también –como hemos podido comprobar según lo expuesto– de todo hombre.

<sup>46</sup> Pascal, B., *Pensées*, 201.



“terreno profesional”. La problemática deviene en la incompatibilidad de tales éxitos: el triunfo en ese *terreno profesional* suele ir acompañado de un fracaso vital estrepitoso; mas si uno acepta con gusto la reducción de sí mismo a *sujeto de profesión*, es sin duda ese deleite una *satisfacción sustitutiva* que permite hacer más llevadera la propia existencia.

Los *narcóticos que nos tornan insensibles* ante la vida son el tercero de esos soportes; mas no entendamos “narcóticos” en un sentido meramente metafórico, entendámoslo en su sentido más ceñido: el sujeto de las modernas sociedades es un sujeto *dopado* – literalmente–, sostenido en un perpetuo estado de *amodorramiento*, de embotamiento de la sensibilidad. *L'individu incertain*<sup>47</sup> del profesor de sociología en la Facultad de Medicina de la Sorbona, Alain Ehrenberg, se inscribe precisamente en esta perspectiva, abordando la caracterización del individuo contemporáneo a partir de las técnicas dominantes que utilizamos para *repararlo*: los narcóticos –*Sister morphine et Miss Prozac*– y los medios de comunicación –incapaces de ir más allá de la cosmética de la declaración pública y resignados a ser, en la mayoría de ocasiones, correa de transmisión de las “*fuentes oficiales*”. A través del uso de estas *tecnologías del yo*, intencional o no pero sin duda abusivo, definimos al sujeto actual como un estado indefinido, vulnerable, necesitado de apoyo constante para equilibrar una bipolaridad inducida desde el exterior –trabajo, relaciones humanas– por la *sobre-exigencia* continua de actividad eficaz, empática y automotivada. Nunca se había exigido tanto de nosotros y, a su vez, habíamos sido tan frágiles; jamás habíamos sido tan *responsables* –por pura obligación– de nosotros mismos.

La vida se nos ha vuelto inseparable del fármaco, privados de estos estaríamos perdidos. Nuevos mecanismos, nuevas ilusiones *químicas*, de consumo..., todo ello brota por pura necesidad tras haber perdido su eficacia tres clásicas muletas: la educación, la tradición y la religión. Nuestra *educación* –esa educación “*que santifica tantas mentiras*”<sup>48</sup>– adolece de prosélitos que la sustenten; la *tradición* –vuelta costumbre– dejó latente su *furioso y tiránico rostro*; y el hombre –negado a la pertinacia en el error–, agotado de fantasmagóricas objetivaciones, ha terminado por suplantar a los dioses<sup>49</sup> al descubrirse en el espejo, y ver que “su cara especular es imagen real, mas inhumana, [de él mismo]; es obra de su cara, real de verdad, mas es obra simplemente real y de otra estructura espacial, física, química, biológica y mental que la del hombre real de verdad”<sup>50</sup>. Resultó ser peor el remedio que la enfermedad misma; nosotros fuimos los poderosos constructores de estos lenitivos que pretendían salvarnos y ahora se vienen abajo. No ocurre así con nuestra necesidad de ese *principio estimulante* –la mentira–, necesitamos seguir *teniendo ilusiones*, ilusionándonos. Pues, por más que digan, *también de ilusión se vive*, mas de ser un iluso no.

Las cosas que vemos –dijo Pistorius con voz apagada– son las mismas cosas que llevamos en nosotros. No hay más realidad que la que tenemos dentro. Por eso la mayoría de los seres humanos vive tan irrealmente; porque cree que las imágenes exteriores son la realidad y no permiten a su propio mundo interior manifestarse. Se puede ser muy feliz así, desde luego. Pero cuando se conoce lo otro, ya no se puede elegir el camino de la mayoría. Sinclair, el camino de la mayoría es fácil, el nuestro difícil. Caminemos<sup>51</sup>.

<sup>47</sup> Ehrenberg, A., *L'Individu incertain*, Paris, Hachette, 1996.

<sup>48</sup> Nietzsche, F., *Fröhliche Wissenschaft*, 309.

<sup>49</sup> “[...] la tentación moderna es en el fondo del fondo el programa de *ser dioses*. En el fondo del fondo la humanidad está haciendo un supremo experimento: no el de ser *semejante* a los dioses, que no da para gran cosa, sino *ser* en el fondo dioses en persona”. García Bacca, J. D., *Antropología filosófica contemporánea*, Barcelona, Anthropos, 1997, p. 25.

<sup>50</sup> García Bacca, J. D., *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, p. 18.

<sup>51</sup> Hesse, H., *Demian*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 140-141.

